



La vida, ese paréntesis

Francisca Noguero Jimémez

Cuando, con motivo de la concesión del Premio Reina Sofía 1999, Mario Benedetti vino a Salamanca, demostró fehacientemente hasta qué punto su literatura levantaba pasiones. Pudimos apreciarlo en la cola interminable que se agolpaba para que el autor firmara sus libros –en la que esperaban pacientemente chicos de 17 junto a ancianos de 82 años–; en el aplauso atronador con el que lo recibieron en el teatro Juan del Enzina con motivo de la representación de *Pedro y el capitán*; en su posterior lectura de poemas en el Café Moderno –donde llegó (para su diversión) escoltado por dos moteros en sendas Harley Davidson–, escuchada en emocionante silencio a través de dos pantallas de televisión por la muchedumbre expectante que asistía al recital en la Gran Vía y que no había podido entrar en el atestado bar.

Y es que hablamos de una literatura convertida en fenómeno social, abierta a la colectividad pero capaz, a la vez, de acercarse a la intimidad de cada individuo. De hecho, pocos escritores han sido velados en un Parlamento, como demostraron las emocionantes imágenes retransmitidas en estos días por televisión, y en las que se apreciaba el fervor indiscutible que ha despertado el dramaturgo, narrador, ensayista, crítico pero, sobre todo, poeta uruguayo (él habló en incontables ocasiones de que ése era el género al que siempre volvía y por el que quería ser recordado).

En la línea de Antonio Machado, maestro de literatura y vida al que siempre profesó especial devoción, Mario tuvo sobre todo la facultad de comunicar, lo que logró con un lenguaje voluntariamente sencillo y alejado, como él mismo decía, de “gacelas y madréporas”. Así se explica que sus poemas hayan sido musicados por más de sesenta cantautores, como lo prueba su incuestionable presencia en Youtube: se trataba de *Letras de emergencia* que no se avergonzaban de serlo, listas para el canto y convertidas pronto en un comodín capaz de animar cualquier reunión literaria que se precie.

Es hora ya de destacar la naturaleza plural de la poesía de Benedetti, que no lo constriñe a una sola faceta (como en más de una ocasión, y malintencionada-



mente, se ha dicho). Así, podríamos calificarlo como poeta de la ternura -¡qué pocos se atreverían a titular un texto con el simple y a la vez inexcusable *Te quiero!*- y del ingenio -del que dio sobradas pruebas a lo largo de su vida, y que recordamos en composiciones irrepetibles como “Los formales y el frío”, “Ser y estar” o “Los pitucos”-; del compromiso -esa palabra desgastada pero nunca vana, tan presente en sus “hombres” de *Poemas de otros*- y del amor- que supo reflejar en todas sus etapas, como lo demuestran los inolvidables “Corazón co- raza”, “Viceversa” o “Táctica y estrategia”-; del optimismo -¿cómo no recordar su “Defensa de la alegría?”- y del dolor -tan presente en libros capitales del exilio como *La casa y el ladrillo*, y que asimismo permea la etapa de “desexilio”, cuando vuelve a un Uruguay ya “con una esquina rota”.

Desde entonces, su mirada se empaña de una melancolía especial que ya nunca le abandonará -cuánto se ha hablado de la tristeza de esos ojos-, y descubre muy pronto la necesidad de reivindicar la memoria y de no olvidar, de lo que ofrece buena prueba ese poemario capital de 1995 -tan cercano a la poética de su amigo Juan Gelman- titulado, precisa y paradójicamente, *El olvido está lleno de memoria*.

Sobre todo, Benedetti fue un poeta que defendió la valentía, el coraje, el riesgo de vivir, y que por ello reivindicó la utopía en sus formas más dispares. Odió a los *fallutos*, cobardes y rastreros, a los que no se atreven, y a los que retrató magistralmente tanto en sus *Poemas de la oficina* como en los cuentos de *Montevideanos*, en las novelas *La tregua* o *Gracias por el fuego*. Por ello -entre otras muchas razones- ha conectado tan bien con los jóvenes: porque sabía que no “hay que tener la cola de paja” de la que hablara en un temprano ensayo utilizando la expresión uruguaya o, lo que es lo mismo, una culpa mal entendida que promueve lo “políticamente correcto” y que conlleva la pasividad. Por cierto, hace unos días leía la declaración de Guardiola que le ha llevado al triplete histórico con el Barça: “no hay nada más arriesgado que no arriesgarse”, y fíjense qué bien le ha salido.

Benedetti lo sabía y se arriesgó en el amor y en la política, en la literatura y en la existencia -que, en su caso, eran lo mismo-. Y aunque la vida sea ese paréntesis que tan bien retrató en uno de sus últimos libros, se jactaba de haber sabido aprovechar cada segundo: disfrutó del fútbol y el cine, los amigos y los viajes...



Sobre todo, se volcó en la defensa de una sociedad más justa que, desde los años sesenta, se mostró desgraciadamente inasequible. Incluso en los últimos años, cuando la muerte de su esposa Luz lo dejó sumido en una profunda tristeza, veía una parte positiva a su situación: el asma, aquella enemiga íntima que lo había acompañado toda su vida y que, en ocasiones, le hacía escribir versos entrecortados y vertiginosos, le concedía una tregua. Quizás por ello se decantó en los últimos tiempos por el *haiku*, del que se convirtió en verdadero maestro.

Honrar a Mario Benedetti supone por tanto homenajear a la vida con mayúsculas. Hoy quiero hacerlo transcribiendo al final de esta semblanza el poema “No te salves”, uno de los textos amorosos en español más valorados –comparte este honor con el soneto “Amor constante más allá de la muerte” de Quevedo y el poema XX, de Neruda, en *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*- y, desde mi punto de vista, perfecta síntesis del arrojo que, en todos los órdenes de la vida, demostró Mario Benedetti. Va por usted, maestro, que supo “no salvarse”.

No te salves

no te quedes inmóvil al borde del camino
 no congeles el júbilo
 no quieras con desgana
 no te salves ahora
 ni nunca.

No te salves
 no te llenes de calma
 no reserves del mundo
 sólo un rincón tranquilo
 no dejes caer lo párpados
 pesados como juicios
 no te quedes sin labios
 no te duermas sin sueño
 no te pienses sin sangre
 no te juzgues sin tiempo.



Pero si
pese a todo
no puedes evitarlo
y congelas el júbilo
y quieres con desgana
y te salvas ahora
y te llenas de calma
y reservas del mundo
sólo un rincón tranquilo
y dejas caer los párpados
pesados como juicios
y te secas sin labios
y te duermes sin sueño
y te piensas sin sangre
y te juzgas sin tiempo
y te quedas inmóvil
al borde del camino
y te salvas
entonces
no te quedes conmigo.